

Tomo I BIBLIOTECA ECONÓMICA Vol. 3.º

EDITOR I PROPIETARIO

DOMINGO URZÚA CRUZAT

EDICION DE 2,000 EJEMPLARES

LECTURA SANA I ESCOJIDA

POETAS CHILENOS

Pedro A. Gonzalez.—Samuel A. Lillo.—
Ricardo Fernandez Montalva.—Antonio
Borquez Solar.—Miguel Luis Rœuant.

VEINTE CENTAVOS

SATIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA

DE

S. A. GARCÍA VALENZUELA

GAY 1765-67

—
1902

VOLÚMENES PUBLICADOS:

- 1.—Improvisadores chilenos.
- 2.—La Faja Atigrada, hermosa novela de Conan Doyle.
- 3.—Poetas chilenos.

Estas obras se remiten francas de porte con solo enviar 20 centavos en estampillas por cada una de ellas al *Editor de la Biblioteca Económica*, casilla 1770, Santiago.

El próximo volúmen

contendrá un majistral estudio de costumbres nacionales de don Daniel Barros Grez titulado LA CHINGANA i tomado de su novela EL HUÉRFANO.



Pedro A. González



El Album

Oh! cuantas veces no me dijo a solas:
—Por qué está siempre tu semblante adusto?
Hallas a Dios para contigo injusto?
No amas el bien, la luz, la creacion?
No tienes corazon ni pensamiento?
Heredó para siempre tu alma estraña
la salvaje aridez de la montaña
donde meció tu cuna el aquilon?

Tus comprimidos, macilentos labios
nunca dan paso a una fugaz sonrisa,
por tus pupilas nunca se divisa
Un dulce rayo de pasion vagar.
Tú pareces un náufrago sin rumbo
que a donde quiera que a estrellarse vaya,
sin fé en el porvenir, sin fé en la playa,
se deja por las olas arrastrar.

Tú cruzas por la tierra como cruza
La noche pavorosa por el cielo.
Horror, silencio, oscuridad i hielo
Es lo que tú derramas donde estás.
Tú no sueñas, no luchas. Tú no albergas
Ni una sola ilusion, Tú no ambicionas
ni oro, ni amor, ni aplausos, ni coronas,
Como un fantasma por el mundo vas.

II

Un dia que su labio, como siempre,
junto a mi oido murmuró lo mismo,
mi corazon se estremeció en su abismo
i la sangre a mi frente se agolpó.
Temblando entónces le pedí una pluma,
i su acero bruñido i reluciente,
al vivo impulso de mi fiebre ardiente
sobre su Album vibrando resbaló.

III

No sé lo que escribí. Me acuerdo apenas
de que en ritmos diversos
i con palabras de entusiasmo llenas,
yo escribí muchos versos.
De que canté la abnegacion sublime
del corazon que olvida
la inmensidad de su dolor profundo,

para enjugar el llanto con que jime
la orfandad desvalida
que sin pan ni vestidos cruza el mundo.

De que alcé un himno a la primer mirada
que a un mismo tiempo de dos almas brota
i en un mismo volcan sus alas quema;
que, tornando la noche en alborada,
de un corazon hace una dulce nota
i de dos corazones un poema.

De que alcé un himno a la esperanza mia
de hallar un ángel que con fé me adore:
un anjel dulce que conmigo ria,
un ángel tierno que conmigo llore,.....

No sé lo que escribí. Me acuerdo apénas
de que en ritmos diversos
i con palabras de entusiasmo llenas,
yo escribí muchos versos....

IV

Dejé la pluma i me quedé sombrío.....
El moribundo Sol, ya desde léjos,
en sus mústios i lánguidos reflejos
enviaba al mundo su postrer adios.
Ella tomó con loco afan el album,
i dando fin a sus amargas mofas,
leyó mis-melancólicas estrofas
en la vaga penumbra, a media voz.

Palideció de súbito su frente,

Huyó la risa de sus labios rojos,
Brilló una lágrima en sus grandes ojos,
i triste i silenciosa me miró.
I desde entónces ¡ai! siempre que a solas,
siempre que a solas a su lado me hallo,
Ella se pone roja, i yo me callo,
Ella se turba, i me estremezco yo.

Lucrecia Borgia

I

Era la noche.—Sembraba el viento con el desmayo
la cauda oscura de un pavoroso, fatal querube.
Zumbaba el viento, rujía el trueno, vibraba el rayo
de golfo en golfo, de monte en monte, de nube en nube.

Lucrecia Borgia, tras la postrera i ardiente danza,
fué a reclinarse junto a su lecho de oro i caoba,
i hundió sus grandes ojos azules en lontananza
por la ventana medio entreabierta de su ámplia alcoba.

Sin miedo al rayo que desgarraba los nubarrones,
se alzó de pronto con un estraño vaiven satánico,
i aspiró ansiosa con sus lozanos, rojos pulmones,
el formidable, vertijinoso soplo huracánico.

Lanzó al espacio con voz sonora dos carcajadas
que retumbaron en los lejanos, vagos confines,
como las locas notas de plata de las cascadas,
como los réjios compases de oro de los clarines.

I entonó un himno de estrepitosas, raudas cadencias que dilataron por la siniestra noche sombría sus arrebatos, i sus trasportes, i sus demencias, miéntras inmóvil tras las tinieblas, Satan reía.....

II

—Yo cruzo altiva, como una diosa de mármol griego, por los soberbios, resplandecientes, vastos salones, dejando en torno, con mis miradas llenas de fuego, hechos pavesas, hechos cenizas, los corazones.

Yo, cuando danzo, dejo en el aire rumores de alas, yo toco apenas con mis pies raudos la muelle alfombra; yo me deslizo tras los compases, tras las escalas, como un querube, como un ensueño, como una sombra.

El foco de oro de las arañas lanza a porfía sus claras ondas llenas de ritmos, llenas de efluvios, como una rauda, trémula lluvia de pedrería, sobre el penacho de mi diadema de bucles rubios.

Yo lo soi todo, porque soi bella. Yo soi satánica; yo llevo el soplo de la soberbia borrasca loca; yo llevo el soplo de la candente llama volcánica que despedaza, que pulveriza la dura roca.

Yo arranco al fondo de los sepuleros i los ocasos sombras que crecen, i que se empujan i que batallan. Yo desparramo con mis miradas, ante mis pasos, dudas que lloran, odios que rujén, celos que estallan.

Es mi gran triunfo ver sobre el polvo que altiva piso
caer al hombre bajo mis plantas, rendido i tierno,
i allá a lo léjos mostrarle el fondo de un paraiso,
i en sus trasportes, en vez de cielo, darle un infierno.

Cuando entro al templo como una reina, como una Diosa,
tiemblan las novias que se desposan en los altares;
se pone blanca como la nieve su tez de rosa;
se bambolean sobre su frente los azahares.

Es mi gran triunfo clavar en ellas mi dardo estraño,
i herir de muerte sus ilusiones, sus alegrías,
i en las tinieblas crepusculares del desengaño,
contar a solas, una por una, sus agonías.

¡Oh, negra noche! Yo te bendigo cuando tú velas,
yo te bendigo cuando sacudes tus hondas calmas,
Somos amigas, somos hermanas, somos gemelas:
tú arrojas sombras en los abismos i yo en las almas.

Las dos cruzamos con unos mismos lóbregos pasos,
robando al astro i a la esperanza sus rayos pulcros:
tú por el cielo, como la esfinje de los ocasos,
yo por la tierra, como la esfinje de los sepulcros.

A Pasteur

I

Fué ruda tu batalla, fué gigante!
pero tu alma fué audaz, fué ciclopea!

Te empujaron en triunfo hácia adelante
los grandes huracanes de la idea!

En vano la fatídica ignorancia
despertó de su estúpido marasmó
i esgrimió con insólita arrogancia
la burla imbécil i el brutal sarcasmo,

No pudo con sus golpes derribarte,
i en cambio tú la derribaste entónces.
Era la fé tu escudo i tu baluarte:
tú tonias el temple de los bronces.

Tu victoria titánica de Sabio
a fuerza de ser grande fué quimérica;
escucharon el verbo de tu labio
muda la Europa, atónita la América!

II

Tú cruzaste el magnífico proscenio
del formidable siglo diezinueve,
vibrando los relámpagos del jenio
que en gigantescas órbitas se mueve.

Con fé que abisma, con valor que pasma,
seguiste al Cósmos en su vasta elipsis:
ibas en pos del colosal fantasma
de una nueva i grandiosa apocalipsis.

Oiste palpar la vida informe
en otro centro múltiple i diverso,

como una oscura nebulosa enorme,
allá en la inmensidad de otro Universo.

Tenías la pujanza lejendaria
de las soberbias águilas inquietas;
tenías la vision crepuscularia
de la pupila audaz de los profetas!

Tu palabra lumínica i sonora
dilató por los ámbitos su imperio;
i estalló como un trueno i una aurora
sobre la vasta noche del misterio!

Delante de tu espíritu profundo
se alzó del hondo areano el microcósmos,
como un mundo del fondo de otro mundo,
como un cósmos del fondo de otro cósmos!

III

De nacion en nacion, de labio en labio,
en una tempestad de aplausos grandes,
trajo la fama tu blason de sabio
del raudó Sena a los inmensos Andes.

Pero trajo tambien, de coro en coro,
en el soberbio i poderoso trueno
de su clarin titánico i sonoro,
como un emblema, tu blason de Bueno.

El anciano i el niño ante tu paso
demandaron con fé siempre creciente,
doblando la rodilla, alzando el brazo,
la bendicion de Dios sobre tu frente.

Fuiste jénio i apóstol. Fué tu norma
disputar palmo a palmo al hombre enfermo
a la tétrica muerte, que transforma
la tierra en tumba i el hogar en yermo.

Cruzaste bajo el sol que brilla en calma
como un nuevo Mesías el abismo,
en profundo monólogo con su alma,
en diálogo sublime con Dios mismo.

No hai grandeza mayor que la que encierra
la mision que da paz, que da consuelo:
enjugar una lágrima en la tierra
es mostrar una aurora allá en el cielo!

IV

Cesó ya tu mision fecunda i noble;
te disparó la muerte su guadaña.
Caiste ya. Caiste como el roble
que al rodar bambolea la montaña!

Cesó ya tu mision fecunda i bella.
Volaste léjos de la vil escoria.
Volaste a constelar como una estrella
el inmenso horizonte de la historia!

Salve a tí, que alumbraste el gran proscenio
del siglo diezinueve en cada rastro!
Salve a tí que aquí abajo fuiste un jénio!
Salve a tí que allá arriba eres un astro!

Tú serás inmortal miéntras que ruja
i encienda los crepúsculos profundos,
el viento apocalíptico que empuja
sobre sus vastas órbitas los mundos!





Samuel A. Lillo

El Cóndor Ciego

En lazo traïdor cayó el monarca,
i avanzando un labriego,
con su aguda cuchilla dejó ciego
al fiero asolador de la comarca.
Al sentir que la noche lo envolvía,
quedó un instante inmóvil, pero luego
con arranques de cólera bravía,
emprendió por la yerba la carrera,
i el golpe de sus alas colosales
fué abriendo un ancho surco en la pradera.
Despues, en gigantescas espirales,
lanzando en derredor su ronco grito,
con el cuello estendido hácia la altura,
emprendió la ascension al infinito.
¡Qué horrible pensamiento sobrehumano
no cruzaría por su mente inquieta
en tanto su fantástica silueta

se dibujaba en el azul lejano!
Mas de pronto creyó que iba subiendo
del fondo negro de una sima estraña,
de un precipicio horrendo
que aun no conocia en su montaña.
Por eso, remontándose hácia el cielo,
iba a buscar los vívidos fulgores
del mismo sol que lo guió en su vuelo
i alumbró sus selváticos amores.
¡Cuántas veces sus cuencas ya vacias
se hundieron con creciente paroxismo
en las nieblas sombrías
sin ver nunca la boca del abismo!
Al fin, cansado de luchar en vano,
plegó sus alas i cayó rendido,
para quedar como un titan vencido
sobre la alfombra que tapiza el llano.

La tumba del marino

Dejaron el cuerpo en la borda del puente
envuelto en un lienzo, desnuda la frente;
un viejo marino dobló la rodilla
i alzó una plegaria mui tierna i sencilla;
un trozo de hierro a un extremo le ataron
i el fardo a las olas hambrientas echaron;
saltó con el golpe la pálida espuma,
i como una lluvia perdióse en la bruma,

i en tanto que el barco seguia hácia el puerto
bajaba al abismo lentamente el muerto.

Su lecho es el fondo del límpido oceano;
el mar de que siempre fué amigo i hermano;
allí do el abismo sus olas dilata
su frente acarician los peces de plata,
i yace callado, tendido en la hondura,
con los ojos fijos, mirando a la altura;
i ve a sus antiguos, fieles compañeros,
pasar en sus caros i raudos veleros
que cruzan, llevados del viento que zumba,
como aves enormes por sobre su tumba.

Huracan

Por encima de la aldea
va pasando el aquilon;
las campanas de la torre
tocan solas, i su voz
va esparciéndose en la vega
como un lúgubre clamor;
las cuadrillas de los campos
abandonan su labor;
como un toque de llamada
ladra el perro del pastor;
se recojen asustadas
las palomas al torreón;
torbellino de hojas secas

i de polvo vela el sol,
i los álamos parecen
al empuje del turbion
una hilera de jigantes
que una mano doblgó;
entretanto en las cabañas
que ahoga el humo del fogon,
los aldeanos oyen pálidos
el silbar del ventarron,
i se dicen en voz queda
que es del hambre la cancion.

Acuarela

Es la siesta del lago, el estío
va esparciendo su pálido ardor,
i en las aguas profundas, dormidas,
se retrata la cara del sol.

Bajo el haz de los rayos de fuego
en la orilla los sauces se ven
que abrasados inclinan las ramas
i en las linfas apagan su sed.

El ambiente encendido en la arena
desde léjos parece temblar,
dibujando los montes azules
al travez de un movible cristal.

Una garza de blanco plumaje,
embriagada a los rayos del sol,
con el cuello encojido, dormita
de las ondas al dulce rumor;

Esperando las brisas que lleguen
con la espuma del lago a jugar,
se cobijan los nítidos cisnes
en la sombra que da al carrizal.

I siguiendo el contorno a la orilla
como negra serpiente veloz,
viene el tren con su ritmo sonoro
i su aliento de blanco vapor.

Abandonan las aves las cañas
como presas de vaga inquietud,
i a sus gritos las aguas despiertan
en su lecho de fúljida luz.

En la siega

Es la mañana. Los resplandores
del sol trasponen la cordillera.
Una cuadrilla de segadores
está cortando la sementera.

Silban los mozos aires de amores
sin acordarse de sus fatigas;

lanzan las hoces vivos fulgores
al abrir surcos en las espigas.

Mozas de rostros frescos, bizarros,
peinada en trenzas la cabellera,
con áureos haces cargan los carros
que el grano llevan hácia la era.

I los tenorios de la faena
las segadoras buscan traviosos,
i entre las mieses, furtiva suena
a duce nota que dan los besos.

El humo se alza de una fogata
que han encendido sobre la loma,
i la merienda su olor dilata
por la campiña como un aroma.

Junto a la era que está en la vega
suenan cencerros i cascabeles,
i los que vienen a ver la siega
lucen los brios de sus corceles.

El monte rubio que se alza ufano,
de la Abundancia parece el cuerno;
guarda en su seno bastante grano
para las hambres del crudo invierno.





Ricardo Fernandez Montalva

La vieja cancion

Yo tengo una cancion que solo es mia!
Al pálido fulgor de las estrellas
yo la canto en mis noches de agonía.
Es la vieja cancion de mis ideales
que lleva entre sus alas
las destrozadas galas
de mis queridos sueños inmortales!
La cancion del cariño,
de santos embelesos,
que en la cuna del niño
se modula con risas i con besos;
la misma que, en seguida,
cuando se pierde el juvenil encanto,
se solloza en las tardes de la vida,
humedecida con amargo llanto!

Yo tengo una cancion que solo es mia!
Siempre que me hallo con mi pena a solas

en el mar de mi ardiente fantasía,
bate el recuerdo las gigantes olas
de mi primera i única alegría;
cuando, buscando salvacion i ejemplo,
de hogar piadoso en la serena calma,
no tenian las bóvedas del templo
la duda impía que me muerde el alma!
Esta duda fatal que me doblega
i sin descanso me persigue i hiere,
que es mas terrible, impenetrable i ciega,
cada vez que el amor se aleja o muere!
Es la vieja cancion de mis anhelos,
sencilla, enamorada,
en un delirio de pasion robada
al eterno poema de los cielos!

Yo tengo una cancion que solo es mia!
Por mas que en sendas de maldad te pierdas,
tú que fuiste mi amor, que solo un dia
respondiste a mi fé, tú la recuerdas!
Si en el silencio de la noche triste,
tu corazon aumenta sus latidos,
i todavía alguna voz existe
que nombre la virtud en tus oidos;
si asaltada por púdicos sonrojos
te detienes un punto en la caida
i una lágrima rueda de tus ojos
a la arena candente de la vida;
si tu labio falaz dice mi nombre
en la hora veloz de tu cariño,
es porque escuchas mi cancion de niño,
que es la primera adoracion del hombre!

Esa cancion que suena
como ola suave que a la playa avanza,
es la vieja cancion del alma buena
cantada en el altar de la esperanza!

Yo tengo una cancion que solo es mia!
Cuando Dios ponga fin a mis dolores,
yo moriré cantando mis amores,
a los destellos últimos del dia!





Antonio Borquez Solar

Miseriua

Cuando cae la enlutada noche parda
estoi triste en mi boharda.
Pobre cuarto polvoriento es mi desvan
de paredes desgajadas; viejas vigas
taciturnas, mis amigas,
mucho tiempo contemplándome ya están.

La ventana está sin vidrios, i por ella
la lejana, blanca estrella,
compasiva me da un rayo de su luz.
Sorbo a sorbo bebo entónces mi amargura.
Pesa mucho i es mas dura
en mis hombros, mas me agobia, mas mi cruz.

I yo tengo muchas penas, penas nuevas,
cuando salen de sus cuevas,
silenciosas, negras ratas que al mirar

a un estraño visitante en su despensa
que en las altas horas piensa,
se hacen signos i parecen cuchichear.

Mas allá de mi ventana el duraznero
me saluda majadero
ya cien veces con sus ramas ¡cruel burlon!
¡Cuan distintas de otras ramas que otros dias,
en las dulces alegrías,
me formaron réjio i verde pabellon!

La guitarra rota i triste que hai colgada
sobre el muro, desgraciada,
ya no canta la cancion que amó el placer...
¡Cuántas veces no diria de las cuitas,
de las ansias infinitas
de una rubia o de una pálida mujer!

I no llega la Enlutada, nunca, nunca,
la que espero, la que trunca
las miserias — ¡oh, la Muerte que es salud!
Ya cansado de las penas con que lidio
el reposo eterno envidio
del arcon de alerce o pino, mi ataud!

Los pobres

(Despues del fusilamiento de Jacinto Albornoz, en la mañana
del 15 de Noviembre de 1898)

Una cabeza fiera i fosca como
la cabeza de un búfalo salvaje.
La barba le temblaba como a un Cristo

cansado bajo el peso del madero
que posee la enorme pesadumbre
de veinte siglos de pecados trágicos.
Pálido, con la lúgubre i terrosa
palidez de una vieja calavera
puesta en el paño negro de los túmulos,
iba marchando en medio de los frailes
hacia el maldito patio del patíbulo,
i sus grillos crujian i sonaban
su sonido de angustia, corto i seco
con el sonido de una esquila rota
donde doblara sus maitines fúnebres
con su huesuda mano un esqueleto.
El maldito grillete rechinaba
i este rechinamiento era maldito...
Cuando cayó su cuerpo estrangulado
por las negras angustias de la muerte,
sentí en mi pecho un doloroso luto,
sentí en mi pecho jermínar el odio!
i tierna compasion por esos pobres
que ha siglos son las víctimas alzadas
por sobre los Calvarios mas sangrientos
clavados en las cruces mas infames,
apurando las hieles mas amargas,
sufriendo las torturas mas horrendas.
I yo pensé en los lodos mas abyectos,
en las horribles vidas del suburbio
donde unos flacos perros langüetean
las rojas carnes que manchó la lepra,
los pobres cuerpos que floreó la llaga.
I ví los pobres cuerpos flajelados
por los sangrientos látigos del hambre;
destrozados los vientres de las hembras

en la jélida noche de los partos,
por la miseria escuálida que marcha
ahullando su cancion de los presidios
donde hai un pan amargo i un sepulcro,
donde está la gran boca del patíbulo,
gran boca de un enorme Minotauro
que nunca llena la justicia humana.
I ante mí desfilaron en cortejo:
la procesion triunfal de las tabernas
donde danzan las llamas demoniacas
de los turbios alcoholes que envenenan,
i los rojos puñales afilados
en una sed rabiosa de venganzas;
i la negra cucarda del harapo;
la lejion esplotada en la faena;
todas las pobres vírjenes cloróticas
que manchó con su fango la impudicia
de los grandes i ricos de la tierra;
i los lechos que infaman las forzosas
prostituciones; todas las angustias
de los que crucifica la miseria....
Entónces una santa compasion
tuve yo por el pobre del banquillo,
i pensé en las augustas redenciones
de todas esas almas de ojos ciegos.
¡I ví que no era justa la justicia
con los que crucifica la miseria!





Miguel Luis Rocuant

Plegaria a la noche

Sieh, ich flüchte mich in deine
Arme, siehe Nacht, ich weine,
Und ich kenne dich nicht mehr
BIERBAUM.—An die Nacht.

I

Inclina ¡oh Noche! tu faz de sombra bañada en llanto
de claridades, i da a mi mente todas las calmas
que das al mundo euando al besarlo tiendes, cual manto,
tu cabellera, llena de sueño, sobre las almas.

II

Tú que cerniste tu gran silencio sobre el suplicio
del Cristo exangüe, que contemplaba vagar con pena,
suelos los bucles i en torno al ara del sacrificio
como incensario de carne blanca, la Magdalena;

Tú que descienes, vaga i enorme, como una mano
que el Orbe errante pusiera sobre sus sienes frias,
para en la sombra buscar al fondo del cielo arcano
su senda eterna que casi esfuman las lejanías.

Dáme en tu copa las aguas negras del Aqueronte,
aguas de muerte, que recorria de extremo a extremo,
aquel esquife cargado de almas, que el horizonte
iba rompiendo con las cadencias de su amplio remo.

Porque mi mente, mas que la tierra, mas que los mares
te necesita, vaso de olvido, cáliz de brumas:
la tierra sueña bajo las rosas crepusculares,
los mares cantan bajo los lirios de las espumas.

I hasta las cumbres parece que oran a la esperanza
cuando tú vienes i que la luna, rasgando tulés,
surje desnuda como una vírjen en lontananza
i da a la espalda sus vaporosas trenzas azules....

Porque ya vengas o te retires, todo en los orbes,
todo lo rijes con tus compases vastos, profundos,
i, en el gran ritmo que altiva marcas, todo lo absorbes,
i das la norma que en lo infinito siguen los mundos.

¿Por qué yo quedo mudo e impasible cuando te elevas
como si fueras de los abismos un alto ensueño,
i no comulgo las negras hostias que al éter llevas,
pan de sepulcro, nota de arcanos, óleo de sueño?

¿Tan solo bajo las losas blancas i sepulcrales
tendré tu calma, tendré tus sombras, tendré tus velos,
tendido al fondo del pebetero que, en espirales,
eternamente su incienso de almas tiende a los cielos?

III

Inclina ¡oh Noche! tu faz de sombra, bañada en llanto
de claridades, i da a mi mente todas las calmas
que das al mundo, cuando al besarlo tiendes, cual manto
tu cabellera llena de sueño, sobre las almas!

